

LA ORACIÓN DE AGONÍA DE DAVID

Volumen 1 – Sermón No. 129

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 26 DE ABRIL DE 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Y toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y Amén”
Salmos 72:19***

Hubo un tiempo en que esta oración hubiera sido innecesaria, un tiempo, en efecto, en que no se podía ofrecer, siendo ya existente la cosa a pedir. Hubo un tiempo en que la palabra rebelión no había sido pronunciada contra la gran magistratura del Cielo. Hubo un día en que el lodo del pecado nunca había sido dejado por el rastro de la serpiente, porque entonces no existía ninguna serpiente ni ningún espíritu maligno. Hubo una hora, que nunca se olvidará, cuando el serafín podría haber batido sus alas para siempre y nunca haber encontrado nada de discordia, ni nada de rebelión o anarquía en todo el universo de Dios.

Hubo un día en que los ángeles poderosos se reunieron en los salones del Altísimo, y sin excepción reverenciaron a su Señor y le rindieron el debido homenaje. Cuando la vasta creación giraba alrededor de su centro, la gran metrópoli, el Trono de Dios, y le rendía su homenaje diario y a cada hora. Cuando las armonías de la creación siempre llegaban a un punto y encontraban su foco cerca del Trono de Dios. Hubo un tiempo en que todas las estrellas brillaban, cuando todo el espacio estaba lleno de hermosura, cuando la santidad, la pureza y la felicidad eran como un manto que cubría toda la creación. Este mismo mundo fue una vez hermoso y bello, tan hermoso y bello que nosotros, los que vivimos en estos tiempos errantes, apenas podemos estimar su belleza.

Era la casa del canto y la morada de la alabanza. Si no tenía preeminencia entre sus mundos hermanos, ciertamente no era inferior a ninguna de ellos. Rodeada de hermosura, ceñida de alegría y teniendo en ella habitantes santos y celestiales, era una casa a la que los mismos ángeles amaban acudir. Donde los espíritus santos, las estrellas de la mañana, se deleitaban en cantar juntos sobre esta hermosa y bella tierra nuestra. Pero ahora, ¡cuánto ha cambiado! ¡Qué diferente! Ahora es nuestro deber doblar devotamente nuestras rodillas y orar para que toda la tierra se llene de Su gloria.

En cierto sentido esta oración sigue siendo innecesaria, porque en un sentido toda la tierra está llena de la gloria de Dios. “Todas tus obras te alaban, oh Dios”, es tan cierto ahora como

lo fue en el Paraíso. Las estrellas todavía cantan las alabanzas de su Hacedor, ningún pecado ha detenido su voz, ninguna discordia ha producido una nota discordante entre las armonías de los mundos. La tierra misma todavía alaba a su Hacedor. Las exhalaciones, a medida que surgen con la mañana, siguen siendo una ofrenda pura, aceptable para su Hacedor, el mugido del ganado, el canto de los pájaros, el salto de los peces y los placeres de las creaciones animales todavía son aceptables como ofrendas consagradas al Altísimo.

Las montañas aún traen justicia. En sus cumbres canosas podrían pisar los santos pies de Dios, porque todavía son puras e inmaculadas. Todavía los verdes valles, riendo con su verdor, elevan sus gritos al Altísimo. La alabanza de Dios es cantada por todos los vientos, es aullada con pavorosa majestad por la voz de la tempestad, los vientos lo resuenan y las olas, con sus mil manos, baten palmas, manteniendo el coro en la gran marcha de Dios. Toda la tierra es todavía una gran orquesta para la alabanza de Dios, y sus criaturas todavía toman varias partes en el cántico eterno, el cual, siempre creciendo y aumentando, poco a poco alcanzará su clímax en la consumación de todas las cosas. En ese sentido, por lo tanto, la oración sigue siendo inapropiada. Dios, que llena todo en todo y llena la tierra y el Cielo, no necesita tener más gloria, en cuanto a la esencia de Su gloria.

Pero David pretendía esta oración en otro sentido. "Que toda la tierra se llene de Su gloria. Amén y Amén." No como Creador sino como Gobernador moral y soberano. Es como Gobernador que nos hemos rebelado contra Dios y le hemos deshonrado. Es como nuestro Maestro, nuestro Gobernante, nuestro Juez, que hemos despreciado Su gloria y hemos pisoteado Su corona. Es, por tanto, en este sentido que David deseaba que toda la tierra se llenara de la gloria de Dios. Deseaba que todo templo de ídolos fuera derribado, que el nombre de Jehová fuera cantado por todos los labios, que Él en Su Persona sea amado por todos los corazones y sea adorado para siempre como "Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos".

Un deseo tonto, dices, porque nunca se puede cumplir. Seguramente nunca llegará el día en que mueran los viejos sistemas de superstición. ¿Qué? ¿Deberán tambalearse hasta su caída los colosales sistemas de infidelidad y de idolatría? Han resistido el ariete durante muchos años. Y, sin embargo, ¿pasarán y vendrá el reino de Dios y se hará Su voluntad en la tierra, así como en el Cielo? No, no es el sueño de un niño, no es el deseo de un entusiasta. Nota quién pronunció esa oración y dónde estaba cuando la pronunció. Era la oración de un rey moribundo, era la oración de un santo varón de Dios cuyos ojos se iluminaron en ese momento con un brillo a la vista de la ciudad celestial, mientras estaba de pie sobre el poderoso Pisga, "y contemplaba el paisaje".

Fue la oración del salmista moribundo, cuando al margen de su vida inspeccionó el océano, la oración de un rey poderoso cuando vio el rollo de la profecía desplegado ante él por última

vez, y estaba a punto de ser conducido a la presencia de su Hacedor. Pronunció esto como su último mejor anhelo y deseo. Y cuando hubo dicho esto, se recostó en su cama y dijo: "Aquí terminan las oraciones de David, hijo de Isaí". Fue su última oración: "Que toda la tierra se llene de su gloria. Amén y Amén."

Primero, esta mañana, trataré de explicar la oración. Entonces trabajaré en la medida en que Dios me permita avivar los corazones de todos los hombres cristianos, para que deseen el objeto de esta oración. Luego ofreceré una o dos palabras de consejo en cuanto a la búsqueda del objeto del que aquí se habla. Y concluiré notando la promesa de mantener a flote nuestras esperanzas. Poco a poco "la tierra será llena de su gloria".

Primero, entonces, permítanme **EXPLICAR LA ORACIÓN**. Es una oración grande, masiva. Una oración por una ciudad necesita un momento de fe. Sí, hay momentos en que una oración por un hombre es suficiente para hacer tambalear nuestra fe, porque difícilmente podemos pensar que Dios nos escuchará incluso por eso. ¡Pero qué grande es esta oración, qué completa! "Que toda la tierra se llene de su gloria. Amén y Amén". No exime a un solo país, por más pisoteado que esté bajo el pie de la superstición, no deja fuera a una sola nación, por muy abandonada que esté. Tanto para el caníbal como para el civilizado, para el hombre que empuña el tomahawk como para el hombre que dobla la rodilla en súplica, se pronuncia esta oración: "Que toda la tierra se llene de Su gloria. Amén y Amén".

Permítanme señalar muy brevemente lo que creo que quiso decir el salmista. Deseaba que la verdadera religión de Dios pudiera ser enviada a todos los países. Mirando desde ese punto de vista, mientras pronunciamos esta oración, ¡qué multitud de pensamientos se precipitan en nuestras mentes! He aquí, allá vemos los viejos sistemas de la superstición antigua. Vemos multitudes que se inclinan ante Buda y Brahma, y ofrecen sus adoraciones a ídolos que no son dioses, oramos por ellos, para que dejen de ser ídólatras y que el nombre de Dios sea conocido entre ellos. Allá vemos la media luna, brillando con una luz pálida y enfermiza y oramos para que los seguidores de Mahoma se inclinen ante la Cruz, renuncien a la cimitarra y regresen a Aquel que los amó, desechando toda la inmundicia y suciedad de su religión anterior.

Vemos allá a la mujer escarlata sobre las siete colinas y la incluimos en nuestra oración. Oramos para que Dios derribe a Roma, que Él pueda derribar sus profundos cimientos arraigados en el Infierno, y pueda hacer que cese su tiranía sobre las naciones, para que nunca más se emborrache con la sangre de los muertos, y nunca más con sus idolatrías y hechicerías desvíe a las naciones. La incluimos en nuestras súplicas. Miramos a naciones que están casi demasiado degradadas para ser incluidas en el rol de la humanidad.

Vemos a los hotentotes en su kraal, los bosquimanos y los bechuana y elevamos nuestra oración por ellos: "Que toda la tierra se llene de su gloria. Amén y Amén."

Que el centro de África, que una vez se pensó que era estéril, pero ahora se descubrió que era glorioso en fertilidad, se vuelva también fértil en obras de gracia. Que las regiones de donde nuestros Hermanos negros han sido arrojados a la esclavitud, se conviertan en hogares de bienaventuranza y regiones de alabanza de Dios. Echamos la mirada a otras regiones donde todavía está el cuero cabelludo a la cintura del indio, donde todavía se lavan las manos en sangre y se deleitan en matar. Miramos a ese enorme imperio de China y vemos las multitudes aún perdidas en la infidelidad, y una idolatría parcial que los está consumiendo y destruyendo y oramos: "Que toda la tierra se llene de Su gloria. Amén y Amén".

Sí, es una gran oración, pero lo decimos en serio. Estamos orando contra Juggernaut y contra Buda y contra toda forma y modo de religión falsa. Estamos clamando contra el anticristo y estamos orando para que llegue el día en que todo templo sea desmantelado, en que todo santuario quede pobre como la pobreza misma, y cuando no haya templo sino el templo del Señor Dios de los Ejércitos, cuando no se cante ningún cántico sino el cántico de "Aleluya, al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con Su propia sangre". Pero queremos decir más que esto. No pedimos simplemente el cristianismo nominal de cualquier país, sino la conversión de cada familia en cada país. "Que toda la tierra se llene de su gloria. Amén y Amén".

¿Es ese deseo demasiado grande, demasiado alto? ¿Somos demasiado optimistas en nuestras expectativas? No. "El conocimiento del Señor" es "cubrir la tierra, como las aguas cubren el mar" y eso es todo. No deseamos ver lugares secos aquí y allá, sino que como los profundos cimientos de las profundidades están cubiertos por el mar, así deseamos que cada nación sea cubierta con la Verdad de Dios, y por eso oramos para que cada familia pueda recibirlo. Sí, oramos para que cada hogar tenga su oración matutina y vespertina, oramos para que cada familia sea criada en el temor del Señor, que cada niño pueda, sobre las rodillas de su madre, decir: "Padre nuestro", y que la respuesta llegue a la oración del infante: "Venga tu reino".

Sí, pedimos a Dios que cada casa sea como las tiendas de Judá, consagradas a Dios. Pedimos que incluso el Kraal de los hotentotes se convierta en una sinagoga para la alabanza de Dios. Nuestro deseo es que el hombre llegue a ser tan santo que cada comida se convierta en Eucaristía, y cada copa en cáliz, cada vestido en vestidura sacerdotal y que todos sus trabajos sean consagrados al Señor. Estamos obligados a esperarlo, porque está dicho: "Aun las campanillas de los caballos serán santidad para el Señor, y aun las ollas en la casa del Señor serán como los tazones delante del altar".

Pero vamos más allá de eso. No pedimos meramente la conversión del hogar sino la salvación individual de cada ser existente. "Que toda la tierra se llene de su gloria. Amén y Amén". Si hubiera un corazón que no latiera en la alabanza de Dios, o un labio que estuviera

mudo en la melodía de acción de gracias, entonces quedaría un lugar que no se llenaría con la alabanza de Dios, el que no se convirtiera se mancharía y empañaría toda la gran obra de llenar la tierra con la gloria de Dios. Un misionero dijo una vez y dijo con verdad que, si todas las personas del mundo se convirtieran menos un hombre en Siberia, valdría la pena que todos los cristianos de Inglaterra hicieran una peregrinación a Siberia, si la salvación de ese hombre no pudiera realizarse en Cualquier otra manera. Y así sería.

La salvación de un alma es indescriptiblemente preciosa y cuando ofrecemos esta oración no excluimos a nadie. Oramos para que el ateo, el blasfemo, el rebelde empedernido, el derrochador sean todos llenos de la gloria de Dios, y luego pedimos misericordia para toda la tierra. No dejamos fuera ni uno solo, sino que esperamos y aguardamos el día en que toda la humanidad se postrará a los pies del Salvador. Cuando cada mano traerá tributo, cada labio un canto y cada ojo hablará su alegría y su alabanza. Creo que esta es la oración del salmista, que todo hombre se convierta y que, de hecho, en cada corazón y conciencia Dios pueda reinar sin rival, Señor supremo sobre el gran mundo.

2. Bueno, ahora voy, en segundo lugar, a tratar de **MOTIVARLOS**, hermanos míos, a desear esta cosa grande, esta maravillosa por la cual oró David. ¡Oh, por la elocuencia dura y ardiente del ermitaño de antaño, que incitó a las naciones de Europa a luchar por la Cruz! Quiera Dios que esta mañana yo pueda hablar como él lo hizo cuando la multitud estaba reunida, o como ese obispo de la Iglesia que lo siguió, se dirigió a las poderosas multitudes con palabras tan ardientes de encendida elocuencia que al final se agitaron de un lado a otro con oleadas de emoción y cada hombre, poniéndose en pie de un salto y empuñando su espada, gritó: "Deus vult", "el Señor lo quiere", y se lanzó a la batalla y a la victoria.

En un sentido más alto y más santo predico la cruzada hoy, no como un ermitaño sino como un predicador de Dios. Vengo a motivarlos, hombres y hermanos, a desear y buscar este gran y supremo deseo de los fieles, que toda la tierra se llene de Su gloria. ¿Y cómo os despertaré sino llevándoos a una o dos contemplaciones?

En primer lugar, os suplico, contemplad la majestad de Dios. O más bien, ya que no puedo ayudarte a hacer eso en este momento, permíteme recordarte las temporadas en las que en alguna medida has captado el pensamiento de Su divinidad. ¿Habéis mirado alguna vez de noche los orbes estrellados, con el pensamiento de que Dios fue el Creador de todos ellos hasta que vuestra alma se sumergió en una adoración reverente? Y entonces has inclinado tu cabeza con asombro y alabanza y dicho, "¡Gran Dios! ¡Cuán infinito eres!?"

¿Alguna vez, al contemplar la tierra pura de Dios, cuando has visto las montañas y las nubes y los ríos y las inundaciones, has dicho:

***“¡Estas son Tus obras gloriosas, Padre del bien,
Todopoderoso! Tuyo es este marco universal,
tan maravillosamente hermoso. ¡Qué maravilloso eres!”***

Oh, me parece que debe haber tenido algunos estallidos brillantes de devoción, algo así como el estallido de Coleridge en su himno del valle de Chamounix o como el de Thompson, cuando dirige a las Estaciones para cantar alabanzas a Dios, o como aquel estallido inigualable de Milton, cuando ensalzaba a Dios haciendo que Adán en el jardín alabara a su Hacedor. Sí, ha habido momentos en los que pudimos inclinarnos ante Dios, en los que sentimos nuestra propia nada y supimos que Él era Todo en Todo. Ah, si pueden tener pensamientos como estos, amigos míos, esta mañana, sé que el próximo pensamiento similar a este será: “Que toda la tierra se llene de Su gloria. Amén y Amén”.

Tú mismo no puedes inclinarte ante Dios y adorarlo sin desear que todo el resto de la humanidad haga lo mismo. Ah, y el pensamiento ha ido más allá. Has deseado que hasta los objetos inanimados lo alaben. ¡Oh, montañas, dejad que los bosques frondosos sobre vuestras cimas ondeen en adoración! Vosotros que con la cima baldía os alzáis más alto que aquellas colinas menores, dejad que las nubes que os ciñen sirvan como alas de querubines para velar vuestras superficies. Pero, ¡oh, adoradlo, adoradle, porque Él es digno de toda adoración!, que Él sea siempre exaltado.

No podéis, repito, tener grandes pensamientos de Dios vosotros mismos sin levantaros espontáneamente y decir: “Que toda la tierra se llene de su gloria. Amén y Amén”. Pero, hermanos míos, volved vuestros ojos más allá. ¿Qué ves allí? Ves al Hijo de Dios saliendo del lugar de Su gloria, desechando las vestiduras de Su majestad y revistiéndose con vestiduras de barro, ¿lo ves allá? Está clavado en una Cruz. Oh, ¿puedes contemplarlo, mientras Su cabeza cuelga dócilmente sobre Su pecho? ¿Puedes captar el acento de Sus labios cuando dice: “Padre, perdónalos”?

¿Lo ves con la corona de espinas todavía sobre Su frente, con la cabeza, las manos y los pies sangrando? ¿Y tu alma no estalla de adoración cuando lo ves dándose por tus pecados? ¿Qué? ¿Puedes contemplar este milagro de milagros, la muerte del Hijo de Dios, sin sentir reverencia en tu seno? ¿Una adoración maravillosa que el lenguaje nunca podrá expresar? No, estoy seguro de que no puedes. Ves a tu Salvador, cierras los ojos que ya están llenos de lágrimas y mientras inclinas la cabeza sobre el monte del Calvario, te escucho decir: “Jesús, ten piedad de mí”.

Y cuando sientas la sangre aplicada a tu conciencia y sepas que Él ha borrado tus pecados, no eres un hombre a menos que comiences de rodillas y clames: “Que toda la tierra se llene de Su gloria, Amén y Amén”. ¿Qué? ¿Inclinó Su temible cabeza hacia las sombras de la muerte?

¿Qué? ¿Se colgó de la cruz y sangró y no lo alabará la tierra? ¡Oh, necio! Seguro que esto podría hacer que se suelte tu lengua, oh vosotros los silenciosos, podríais empezar a hablar, y si no lo hacéis, seguramente las mismas piedras hablarán y las rocas que una vez se rasgaron a Su muerte se rasgarán otra vez, y abrirán una boca ancha para dejar subir sus aleluyas al Cielo.

Ah, la Cruz nos hace alabarle. Amantes de Jesús, ¿podéis amarlo sin desear que venga su reino? ¿Qué? ¿Puedes inclinarte ante Él y, sin embargo, no desear ver a tu Monarca, amo del mundo? Fuera vosotros, hombres, si podéis pretender amar a vuestro Maestro y sin embargo no desear verlo vencedor. No os doy un céntimo por vuestra piedad, a menos que os lleve a desear que la misma misericordia que os ha sido extendida llegue a otros, y a menos que os impulse a realizar esta oración: "Que toda la tierra se llene de su gloria, Amén y Amén".

Pero mira un momento más. El Hombre que murió por los pecadores duerme dentro de una tumba, duerme un poco hasta que el ángel quita la piedra y le da la libertad. ¿Lo contemplas, cuando despierta de Su sueño y radiante de majestad y glorioso de luz asusta a Su guardia y se erige como un Hombre resucitado? ¿Lo ves mientras sube al Cielo, mientras asciende al Paraíso de Dios, sentado a la diestra de Su Padre hasta que Sus enemigos sean puestos por estrado de Sus pies? ¿Lo ves cuando principados y potestades se inclinan ante Él, mientras querubines y serafines arrojan sus coronas a Sus pies? ¿Lo escuchas? ¿Lo escuchas interceder y escuchas también la música de los espíritus glorificados siempre cantando alabanzas perpetuas ante Su Trono? ¿Y no deseas que podamos...

***"Preparar nuevos honores para Su nombre,
y cánticos antes desconocidos?"***

Oh, es imposible ver al Cristo glorificado con el ojo de la fe, sin exclamar después: "Que toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y Amén."

Pero ahora otro pensamiento. La humanidad común nos insta a realizar esta oración. ¿Alguna vez caminaste por un pueblo lleno de borracheras y blasfemias? ¿Habéis visto alguna vez en todas las cervecerías pobres cadáveres hinchados que antes eran hombres de pie o más bien apoyados en los postes, tambaleándose de borrachera? ¿Alguna vez has mirado en las casas de la gente y las has visto como cuevas de iniquidad ante las cuales tu alma se espantó? ¿Habéis caminado alguna vez por ese pueblo y visto la pobreza, la degradación y la miseria de los habitantes y suspirado por ello? Si así es.

Pero, ¿alguna vez tuviste el privilegio de caminar por ese pueblo en años posteriores, cuando el Evangelio ha sido predicado allí? Ha sido el mío. Una vez fue mi deleite trabajar en un pueblo donde una vez el pecado y la iniquidad habían sido predominantes, y puedo decir

con gozo y felicidad que casi de un extremo al otro del pueblo, a la hora de la tarde, habrías oído la voz de la canción que sale de todos los tejados, resonando en todos los corazones. ¡Oh, qué agradable caminar por el pueblo cuando la embriaguez casi ha cesado, cuando el libertinaje está muerto y cuando los hombres y mujeres salen a trabajar con corazones alegres, cantando mientras caminan las alabanzas del Dios eterno, y cuando al atardecer el humilde campesino reúne a sus hijos y les lee una parte del Libro de la Verdad, y luego juntos doblan sus rodillas, ¡oh, felices, felices hogares!

Sí, hemos visto algunos de esos lugares y cuando nuestros corazones se han alegrado por la vista, hemos dicho: "Que toda la tierra se llene de Su gloria. Amén y Amén". Ha sido nuestro deleite a veces el tabernáculo entre los humildes por una pequeña temporada. Nos han dado nuestro asiento en el rincón de la chimenea por un tiempo y poco después, cuando se acercaba el momento de retirarnos, el buen hombre de la casa le dijo al sirviente del Profeta: "Ahora, Señor, ¿nos leerás esta noche, ya que estás aquí?" Y hemos notado los rostros del pequeño grupo que nos rodea, ya que hemos leído una porción como esta: "Verdaderamente, Dios es bueno con Israel, incluso con los de corazón limpio".

Y luego hemos dicho: "No, no oraremos esta noche, debes ser sacerdote en tu propia casa y orar tú mismo". Y luego el buen hombre ha orado por sus hijos y cuando los hemos visto levantarse y besar a sus padres por la noche hemos pensado: "Bueno, si esta es la clase de familia que hace la religión, que toda la tierra se llene de su gloria, para bienaventuranza y felicidad del hombre, venga el reino de Dios y hágase Su voluntad". Contrasta eso, mis hermanos, con los ritos asesinos de los hindúes, compáralo con el salvajismo y la barbarie de las tierras paganas. Si pudiera traer a algún bárbaro para que se presente ante ustedes esta mañana, él mismo podría ser un mejor predicador de lo que yo puedo ser.

Con sus declaraciones y chasquidos casi ininteligibles comenzaba a contarte las pocas ideas que tenía, las cuales empezaban y terminaban consigo mismo y con el miserable ataque en el que vivía. Dirías: "¿Qué? ¿Existe una raza tan miserable como esta? Arrodillémonos de inmediato y pronunciamos esta oración, luego levantémonos y trabajemos para cumplirla: "Que toda la tierra se llene de su gloria". Siento que no puedo avivarte esta mañana como deseaba. (Si yo fuera galés, creo que podría conmovier sus corazones, estos tienen una gran habilidad para despertar a las personas con lo que dicen). Oh, mi alma anhela ese día, suspira por ese bendito período. Quiera Dios que todos suspiraran y anhelaran por ello también y estuvieran preparados para trabajar y laborar, velar y orar, hasta que verdaderamente cantemos con verdad.

***¡Aleluya! Cristo el Señor
Dios Omnipotente reinará;
¡Aleluya! Cristo en Dios,***

Dios en Cristo es Todo en Todo”.

¡Que ese día llegue, como ciertamente llegará!

3. Y ahora debo darle **ALGUNOS CONSEJOS EN LA BÚSQUEDA DE ESTE OBJETIVO.**

Primero, no puedes orar esta oración a menos que busques en tu propia vida eliminar todo impedimento para la expansión del reino de Cristo. No puedes orarlo, señor, no puedes decir: “Que toda la tierra se llene de Su gloria. Amén y Amén”, tú que ayer maldijiste a Dios. ¿Cómo puede el mismo labio que maldijo a Dios decir: “Que toda la tierra se llene de Su gloria. Amén y Amén”? Tú no puedes decirlo, señor, tú que quebrantas Sus Mandamientos y violas Sus leyes y te rebelas contra Su gobierno, si lo dijeras serías un vil hipócrita. ¿Hay algo en nuestro carácter y conducta que tenga una tendencia a impedir la difusión del Evangelio?

¡Ay, lo decimos con dolor! Hay muchos miembros de las Iglesias en todas partes cuyo carácter es tal que, si siguen siendo lo que son, el Evangelio de Cristo nunca podrá llenar toda la tierra porque no puede llenar sus corazones. Conoces a los hombres, se llaman a sí mismos el pueblo amado de Dios y serían queridos si fueran regalados, ciertamente nadie los compraría al precio más bajo del mundo. Dicen que son Sus preciosos y deben ser muy preciosos, o de lo contrario Él nunca tendría ningún pensamiento de misericordia hacia un grupo como ellos, y a veces dirán: “¡Ah, somos los elegidos del Señor!”, y vivirán en pecado.

Dicen que hay muy pocos de su clase y nosotros respondemos: “¡Qué piedad!”. Si las hubiera, necesitaríamos que muchos de nuestros edificios públicos se convirtieran de inmediato en cárceles para encerrar a esas personas. No, no creemos en el carácter de los hombres que hacen profesión de religión y, sin embargo, no viven de acuerdo con ella. No nos hables de esa profesión, solo quédate callado por completo. No se llamen religiosos y, sin embargo, actúen como los demás. Prefiero a un hombre que es un pecador fanfarrón cuando está en eso. No permitas que entre en pecado y luego enmascare y cubra todo, no sirve de nada. El hombre no es honesto. Creo que hay alguna esperanza de que un hombre que es un pecador de pura sangre, lo haga y no se avergüence de ello.

Pero un hipócrita sinvergüenza que viene arrastrándose a nuestra Iglesia y, sin embargo, vive en pecado todo el tiempo, es un fruto de sus propios caminos. Él les permite descubrir, después de todo, que la hipocresía es un camino seguro al Infierno y nunca puede conducir al Cielo. Debemos mirarnos bien a nosotros mismos, por el Espíritu de Dios, o de lo contrario no debemos hacer esta oración: “Que toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y Amén”.

Y ahí está mi amigo, el Sr. Salvado de todo. Estoy seguro de que no puede hacer esta oración, al menos creo que lo escucho en su alma decir: “Oh Señor, que toda la tierra se llene

de tu gloria". Se solicita una contribución para ayudar a la causa. Oh, no, en absoluto. Como la anciana negra de la que todos hemos oído hablar, que cantaba: "Vuela al extranjero, poderoso evangelio", y levantaba los ojos en un marco de tanta devoción que su hermano negro, que estaba pasando el plato ese día, no pudo lograr que ella lo hiciera. No le prestaba atención, hasta que él le dio un golpecito en el codo y dijo: "Sí, Sissy, está bien cantar, 'Vuela al extranjero, poderoso evangelio' si le das alas, entonces podría hacerlo, pero solo estás cantando esto, y sin hacer nada en absoluto."

Ahora, ¿de qué le sirve a un hombre que canta: "Vuela lejos, poderoso Evangelio", y hace esta oración: "Que toda la tierra se llene de Su gloria" si tiene ingresos de seis mil al año por no hacer nada en absoluto? No sirve de nada que un hombre se ponga un par de camisas de lino y diga: "Oh, es mi devoto deseo que toda la tierra se llene de Su gloria" y luego deje que el mundo lo mire fijamente y considere lo bueno que él es. No sirve de nada que un hombre simplemente tenga un curato o algo por el estilo, compre sus manuscritos a bajo precio, suba y lea dos sermones de veinte minutos de duración, se vaya a casa con la conciencia tranquila de que ha cumplido con su deber dos veces y luego diga: "Que toda la tierra se llene de su gloria".

Vaya, amigos míos, no hay ninguna posibilidad de que así sea como debe hacerse, ni la más mínima del mundo. Gritar: "Que toda la tierra se llene de su gloria", y luego quedarse quieto y no hacer nada en absoluto, o simplemente hacer un trabajo nominal bien pagado y sentir que todo ha terminado. Queremos algo en el ministerio un poco diferente antes de que incluso los ministros puedan hacer esta oración con sinceridad. No encuentro fallas en ninguno de mis Hermanos, pero les recomendaría que prediquen trece veces a la semana y luego puedan hacer esta oración un poco mejor. Tres veces a la semana no estaría bien para mí, perjudicaría mi constitución, predicar trece veces a la semana es un buen ejercicio saludable.

Pero te encierras en tu estudio, o lo que es diez veces peor, no haces nada más que relajarte toda la semana hasta que llega el domingo, y luego tomas prestado un sermón de una revista vieja, o compras una de las ayudas para ministros, o tomas uno de los bosquejos de Charles Simeon y lo predicas. Mi buen hombre, no se puede orar de esa manera. El maestro de escuela dominical más pobre tiene más derecho a hacer esa oración que tú. Vas a un fuego que arde con vehemencia y dices: "¡Oh, que se apague!", y párense con las manos en los bolsillos, mientras que un niño pequeño que está parado allí y pasa el balde puede rezar esa oración con sinceridad, pero usted no puede.

No, mis hermanos, debéis estar levantados y trabajando para vuestro Maestro, o de lo contrario no podréis hacer esta oración. Dices: "Estoy cumpliendo con mi deber", pero mi amigo, eso no sirve de mucho, debes hacer un poco más que eso. Cumplir con tu deber, como

tú piensas, a menudo es cumplir con una parte muy pequeña de tu deber. ¿Cuál es el deber de un hombre? "Tanto como para lo que se le paga, señor". Oh, no, creo que no. El deber de un hombre es hacer cualquier cosa que su mano encuentre para hacer con todas sus fuerzas. Y hasta que lo haga, no puede ofrecer con sinceridad esta oración: "Que el mundo entero sea lleno de Su gloria. Amén y Amén".

Ah, hay algunos aquí que podría mencionar, quienes, por su filantropía incomparable, por su amor único e inigualable por sus semejantes, han hecho mucho para llenar la tierra con la gloria de Dios, porque han dejado ver al mundo lo que los cristianos y las cristianas son capaces de hacer cuando el amor de Dios ha tocado sus corazones. Se encuentran algunos que al dedicarse al servicio de su Maestro, sacrificarse y gastarse por Él, han hecho mucho para elevar la opinión del mundo hacia el cristianismo y hacerles pensar mejor de lo que hubiera hecho de la Iglesia cristiana, si no hubiera sido por estos pocos héroes raros y poderosos en medio de nosotros. "Que toda la tierra se llene de su gloria. Amén y Amén". Pero no puede ser, hablando a la manera de los hombres, a menos que cada uno de nosotros trabaje y se esfuerce según Dios nos ayude, para extender el reino de nuestro Maestro.

Y ahora, amigos míos, ¿los he estado exhortando a una tarea imposible? ¿He estado diciendo a los hombres cristianos que oren por lo que nunca se puede conceder? ¡Ah, no, bendito sea Dios! Se nos enseña a orar por nada más que lo que a Dios le ha placido dar. Él nos ha dicho que oremos para que Su reino venga y que este reino venga, y venga con toda seguridad también. ¡Escucha con atención! ¡Escucha con atención! ¡Escucha con atención! Escucho reuniéndose para la batalla, más allá, en la penumbra, veo los ejércitos reuniéndose. ¡Sí, puedo ver vagamente su insignia y contemplar la bandera que ondea ante ellos! ¿Quiénes son estos que vienen? ¿Quiénes son estos?

¡Estos son hombres más nobles y mejores que nosotros! Estos son guerreros de Cristo, tal vez aún no nacidos. Estos son los hombres valientes, la retaguardia. Estos son la guardia imperial del Cielo que han estado luchando durante mucho tiempo. El enemigo a veces ha huido, pero hasta ahora hemos logrado muy poco. La falange del enemigo se mantiene firme y rápida y hemos desafilado nuestras espadas contra los escudos de los poderosos. Hasta el momento la victoria no es completa. El Maestro está en la colina con Su reserva. Los veo, vienen, vienen. ¡Algunos de nosotros viviremos para verlos, hombres cuyas lenguas están hechas de fuego, cuyos corazones están llenos de llamas, que hablan como ángeles y predicán como querubines!

¡Vienen los hombres y feliz será el hombre que note el triunfo! Cada pisada de ellos será la pisada de la victoria, cada toque de ellos derribará los muros de la Jericó espiritual, cada toque de su cuerno limpiará un acre de valientes enemigos, ¡cada golpe de su espada partirá un dragón y cada golpe de su brazo será poderoso para derribar tronos, cetros y reyes! Vienen,

vienen. Y hasta que vengan, ¿qué haremos? ¿Por qué luchar y mantener nuestros puestos?

Alegrémonos con el pensamiento de que la victoria es segura. Llega la hora en que esta poderosa banda de héroes barrerá la tierra con el estandarte de la victoria. Y cuando en años venideros tú y yo miremos el campo de batalla, veremos allí un ídolo roto, allí un colosal sistema de iniquidad hecho pedazos, allí un falso profeta asesinado, allí un engañador desechado. ¡Oh, glorioso será ese día cuando la victoria sea completa! Cuando el caballo y el jinete sean derribados, cuando la batalla que es sin sangre y sin humo, sin rodar de las vestiduras de los guerreros, sea completada por el grito de victoria a través de Aquel que nos ha amado.

Amados, esperaremos un rato. Todavía continuaremos de este lado con nuestro Maestro. Porque, aunque ahora somos luchadores, pronto seremos vencedores. Sí, Hombre, Mujer, ustedes que son desconocidos, que pasan desapercibidos pero que se esfuerzan por su Maestro mediante la oración, la alabanza y el trabajo, ¡se acerca el día en que cada uno de ustedes tendrá una corona de victoria! Se acerca la hora en que vuestro corazón latirá alto porque compartiréis la conquista. Esos hombres que vienen, sin los cuales no podemos ser perfeccionados, no tendrán todo el honor. Nosotros, que hemos soportado la peor parte de la lucha, tendremos una parte de la gloria. Los vencedores repartirán el botín y nosotros repartiremos el botín con ellos.

¡Vosotros, probados, afligidos, olvidados y desconocidos, pronto tendréis la palma en vuestra mano y cabalgaréis triunfantes por las calles de la tierra y del Cielo, cuando vuestro Maestro ostente abiertamente los principados y potestades, en el día de Su victoria! Sólo sigue adelante, sólo sigue luchando y serás coronado.

Pero tengo una palabra que decir y luego, Amén. Sabes que en las guerras romanas se otorgaban recompensas especiales por trabajos especiales. Allí estaba la corona mural para el hombre que primero escaló la muralla y se paró sobre la pared. Miro a esta gran congregación con un pensamiento en mi mente que agita mi espíritu. ¡Jóvenes! ¡Jóvenes! ¿No hay uno entre ustedes que pueda ganar una corona mural? ¿No tengo aquí un verdadero corazón cristiano dispuesto para el trabajo y la labor? ¿No tengo un hombre que se dedique a Dios y Su Verdad? ¡Henry Martín! Estás muerto, ¿Y tú manto está enterrado contigo? Brainerd, tu duermes con tus padres, ¿Y tu espíritu también está muerto y nunca habrá otro Brainerd?

Knibb, has ascendido a tu Dios, ¿y no hay en ninguna parte otro Knibb? Williams, tu sangre martirizada aún llora desde el suelo, ¿y no hay por ningún lado otro Williams? ¿Qué? ¿No entre esta densa masa de espíritus jóvenes y ardientes? ¿No hay uno que pueda decir en su corazón: "Heme aquí, envíame"; "He aquí, en esta hora, siendo salvo por la gracia de Dios, me entrego a Él, para ir adonde Él quiera enviarme, para testificar Su Evangelio en tierras extranjeras"?

¿Qué? ¿Ya no hay Pablos? ¿No tenemos ninguno que sea Apóstol para el Señor de los Ejércitos?

Me parece ver a alguien que, juntando los labios, hace esta silenciosa resolución: "Por la gracia de Dios, hoy me dedico a Él. A través de las tribulaciones y las pruebas seré Suyo, si Él me ayuda. Por el trabajo misionero o por cualquier otra cosa, entrego mi todo a Dios y si puedo morir como lo hizo Williams y usar la corona roja como la sangre del martirio, estaré orgulloso. Y si puedo vivir para servir a mi Maestro, como un Brainerd y morir al fin, agotado, aquí estoy. Pero Maestro, dame el honor de guiar a los desamparados, la esperanza de liderar la vanguardia del cristianismo. Aquí estoy, envíame".

¡Oh Señor, acepta a ese joven! He aquí, lo consagro este día en Tu nombre para ese servicio. ¡Estas manos extendidas esta mañana te bendicen, joven héroe de la Cruz! El corazón de tu hermano late contigo, ¡ve y ve a la victoria! Y si debe ser mío el quedarme aquí para trabajar en una parte más fácil y agradable de la viña, que no me atrevo a dejar, aun así, te envidiaré, porque tienes el honor de ir a tierras lejanas. Y oraré por ti, para que tu éxito sea grande y que a través de ti los reinos de este mundo sean llevados a Cristo, y el conocimiento del Señor cubra la tierra.

Pero todos haremos esta oración solos en nuestras casas: "Que toda la tierra se llene de Su gloria. Amén y Amén". Vosotros que sois enemigos de Dios, ¡cuidado, cuidado, cuidado! Será algo difícil estar del lado del enemigo en la gran batalla del bien.

EstudiaLaPalabra.org